



SESIÓN
HOMENAJE EN MEMORIA DE
MARCELINO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ
(1975-2023)



EL COMERCIO

xixón Cultura
y Educación

FUNDACIÓN FORO JOVELLANOS DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS

Gijón, 14 de marzo de 2024
Salón de actos de la Antigua Escuela de Comercio. Gijón.

Sesión

Homenaje en memoria de

D. Marcelino Gutiérrez González

(1975-2023)

En la misma intervendrán:

D. Ignacio García-Arango Cienfuegos-Jovellanos

Presidente de la FUNDACIÓN FORO JOVELLANOS

D. Ángel M. González Bermúdez

Director de EL COMERCIO

Dña. Vanessa Gutiérrez González

Representante de la familia

Dña. Carmen Moriyón Entrialgo

Alcaldesa del EXCMO. AYUNTAMIENTO DE GIJÓN

Salón de actos de la antigua Escuela de Comercio

C/ Francisco Tomás y Valiente, 1. Gijón

Jueves, 14 de marzo de 2024, 19:00 h

La libertad de opinar, escribir e imprimir se debe mirar como absolutamente necesaria para el progreso de las ciencias y para la instrucción de las naciones.



Gaspar de Jovellanos
«Bases para la formación de un Plan General de Instrucción Pública», 1809.

Publicación subvencionada por la Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular del Ayuntamiento de Gijón/Xixón.



La edición consta de 200 ejemplares.

- © Fundación Foro Jovellanos del Principado de Asturias. Gijón, marzo de 2024. Museo Casa Natal de Jovellanos. Gijón.
- © De los textos, sus autores, herederos o propietarios.
- © Imágenes: *El Comercio* y archivo FFJPA.

Secretaría y administración:

C/ María Bandujo, 11

33201-Gijón - Principado de Asturias - España

Tf. (+34) 985 357 156 - foro@jovellanos.org - www.jovellanos.org

Edición, diseño y maquetación: Orlando Moratinos Otero

Impreso en España

D.L.: AS. 00673-2024

Contenido

Alcaldesa de GIJÓN, Dña. Carmen Moriyón	5
Presidente del FORO JOVELLANOS, D. Ignacio García-Arango	6
Director de EL COMERCIO, D. Ángel M. González	7

Selección de artículos de Marcelino Gutiérrez

Sí mereció la pena. 27 de marzo de 2022	11
La generación triste. 5 de junio de 2022	12
La burocracia de la demagogia. 10 de julio de 2022	13
Luchar por Europa. 30 de octubre de 2022	14
Política de lodazal. 4 de diciembre de 2022	16
Nuestros emigrantes. 10 de diciembre de 2022.....	17
Política en la zona rural. 29 de enero de 2023	18
Mal de altura. 26 de febrero de 2023	19
De lobos y otros animales. 30 de abril de 2023	20
El tren de las alianzas. 12 de mayo de 2023.	21
El sonar de las voces que Asturias necesita	22

En un oficio donde contar lo que ocurre tiene la misma importancia que la forma en que se cuenta, Marcelino Gutiérrez personificó la objetividad, elegancia y discreción que definen al buen periodista.

Prudente hasta el extremo, rehuía de cualquier protagonismo en favor de una cabecera, la de El Comercio, que era su casa y que, como tal, se preocupaba de mantener impoluta. Quienes le trataron de cerca como redactor, hablan de un profesional incansable, un periodista de raza incapaz de dejar un tema a la mitad, meticuloso hasta en cada una de las comas. Cuando le tocó liderar, hizo de la educación y el saber estar su seña de identidad, al mismo tiempo que exhibió una entrega informativa siempre en beneficio de Gijón y Asturias, una ciudad y una región que tenía permanentemente en la cabeza.

El periodismo ha sido siempre un espacio poco dado a la comodidad; un lugar en el que, con frecuencia, el día a día se ve arrinconado por la vocación y el oficio. En ese periodismo, el de la fe inquebrantable en lo que uno hace, Marcelino Gutiérrez hizo casa y jardín con un nivel de convencimiento que contagiaba. Nada como el vacío que su ausencia dejó en la redacción de El Comercio, contado por quienes fueron sus compañeros, para dimensionar la entidad de la persona y el legado de tamaño profesional.

Como Alcaldesa, debo decir que en los momentos complicados, cuando a Gijón le tocó defender sus intereses y hacerse valer, el director de El Comercio siempre estuvo ahí.

La vida decidió cortar de forma trágica una trayectoria que habla de periodismo, de valores y de una lealtad y un sentido de pertenencia por desgracia en desuso. Hablar de Marcelino Gutiérrez es hablar de Gijón y de una forma noble de hacer las cosas. Y lo es por méritos propios.

Carmen Moriyón Entrialgo
Alcaldesa de Gijón/Xixón

A Marcelino en el cielo de Gijón

Ignacio Garcia-Arango Cienfuegos-Jovellanos
Presidente de la Fundación Foro Jovellanos del Principado de Asturias

En nombre de todos los patronos y amigos de la Fundación Foro Jovellanos del Principado de Asturias presentamos estos textos de don Marcelino Gutiérrez Gonzalez que ofrecemos como homenaje agradecido a su grandeza y a su fiel, generosa y constante ayuda.

Su recuerdo nos transmite la alegría de saber que Jovellanos vive pues, de cuando en cuando, le salen hijos como él.

Su consciente amor a Asturias le hacía proclamar que el porvenir está, tras desechar localismos y endogamias, en la sinergia activa de todos. Además, ello lo defendió con la coherencia de una persona leal y con palabra de oro, noble, culta e integrada en nuestra sociedad:

Él era la encarnación de la dignidad.

Capitaneó la nave de EL COMERCIO con mano firme y vista clara para mantener el rumbo de la singladura entre los bajíos y la niebla de la transición entre el papel y lo digital, para hacer navegar a los dos con una independencia, una calidad y un nivel periodístico magníficos, pese a afrontar una situación de gastos crecientes e ingresos dubitativos. Lo hizo manteniendo los principios para decir las verdades en EL COMERCIO de hoy: su COMERCIO, desde el que se ganó la admiración y respeto de todos.

Por eso, como un capitán intrépido, murió en la batalla.

Fue un líder que encarnó el misterio de Gijón porque no pretendió explicarlo: simplemente lo amó.

Vuelvo a lo personal y, a la vez que el llanto arrasa mis ojos, le digo, adaptados a él, unos versos del conocido poema en el que Federico García Lorca también lloraba:

Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un asturiano tan claro, tan rico de aventura.
Yo canto su elegancia con palabras que gimen
y recuerdo una brisa triste por los robles.

Marcelino, te los brindo mientras abrazo al cielo de Gijón donde tú ya estás.

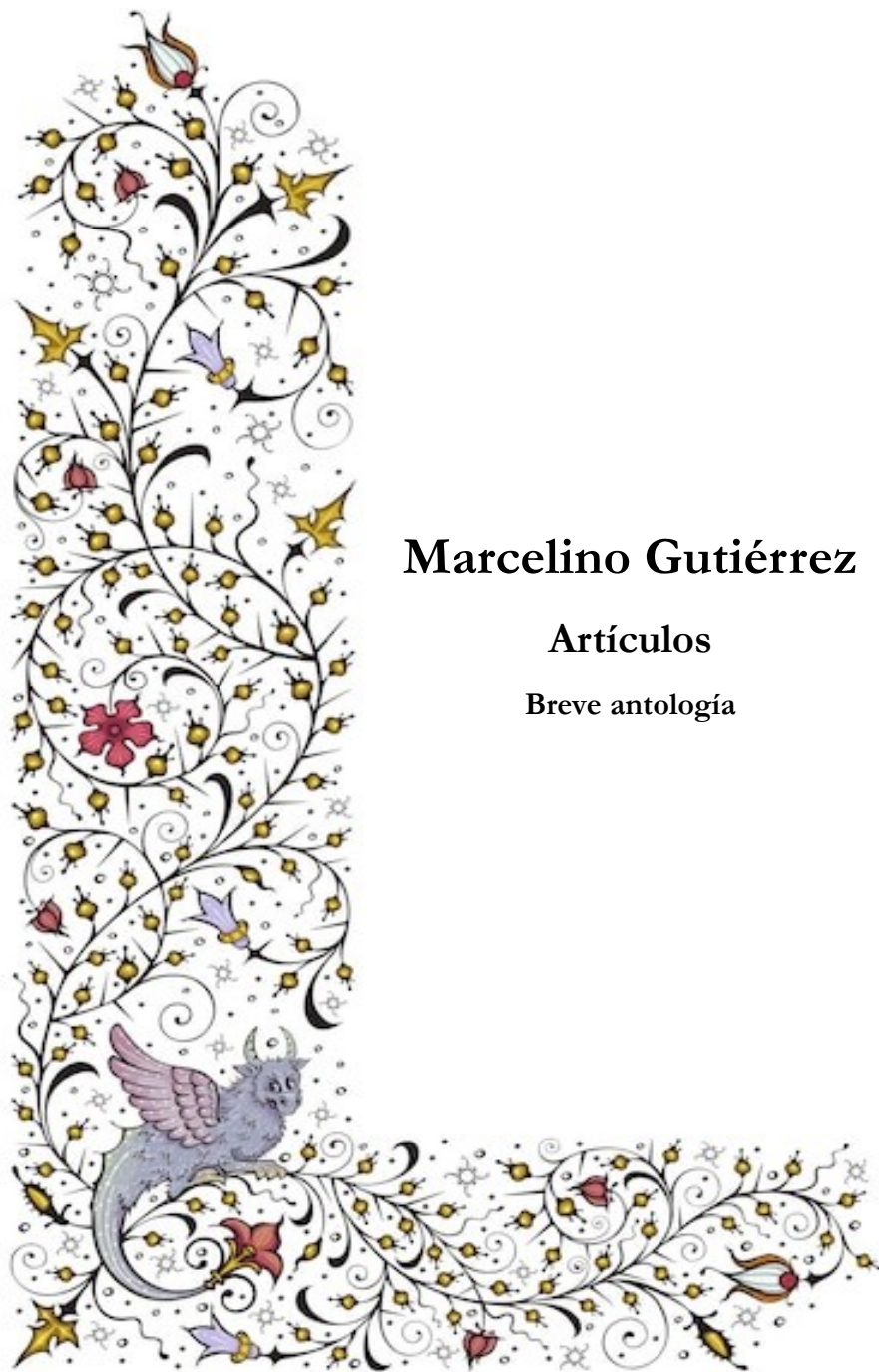
El periodismo de un humanista

Ángel M. González, director de EL COMERCIO

En el oficio periodístico hay dos caminos para llegar a los lectores que Marcelino Gutiérrez recorrió con total entrega al periódico en el que forjó su carrera profesional durante más de veinte años: el de la información y el de la opinión. En los dos dejó constancia de su ejemplar manera de ejercer un periodismo íntegro, honesto y veraz, con la dificultad que entraña esta tarea en medio de una época turbulenta como la que estamos viviendo. Unos tiempos donde la rapidez en la que discurren los acontecimientos apenas deja momentos de reflexión en las redacciones, donde la información cambia radicalmente de la mañana a la noche con una velocidad de locura, imponiéndose lo fugaz a lo perenne y lo improvisado a lo elaborado. Marcelino Gutiérrez, primero como redactor y luego como director de EL COMERCIO, se subió a lomos de la imparable actualidad sin vértigo alguno, enarbolando un periodismo plagado de los valores que definían su propia personalidad, con la humildad y la cercanía de un hombre que vivía la realidad con una extraordinaria omnipresencia.

Para quienes elaboramos todos los días EL COMERCIO es un motivo de orgullo que el Foro Jovellanos, al que está vinculado el periódico desde su fundación, haya decidido rendir un homenaje a Marcelino Gutiérrez con una pequeña selección de comentarios publicados en las páginas de Opinión del rotativo.

Una buena forma de acercarse al trabajo que este gran periodista nos dejó como legado es a través de sus artículos. En los escritos que vieron la luz durante los siete años que estuvo al frente del diario decano de la prensa asturiana se va desplegando todo un compendio de principios que retratan su incuestionable humanismo. Los análisis que firmaba, domingo tras domingo, destilan una llamativa templanza y una especial prudencia a la hora de abordar los temas, pero sin ocultar con ello su agudísima capacidad de crítica para transformar la sociedad en favor de un mundo mejor. Con un estilo sobrio, elegante y respetuoso, casi se puede decir que poco abundante en el articulismo actual, Marcelino Gutiérrez deja en cada billete de opinión una riestra de virtudes que reflejan la ética de su pensamiento. Y también la de su propia vida.



Marcelino Gutiérrez

Artículos

Breve antología



Marcelino Gutiérrez González

(San Martín del Rey Aurelio, 1975 - Gijón, 2023)

Nikol llegó a Gijón y lo dijo todo con una sonrisa inolvidable. La niña ucraniana de 12 años que entró sola en Moldavia en busca de su familia de acogida en Asturias había pasado más de veinte días en un peligroso vacío legal. Su madre Katia, que debía quedarse en Ucrania para cuidar de su familia, trató de salvar a su hija de los bombardeos rusos enviándola al lugar más seguro que conocía: con su amiga Paula Parrondo, que durante los veranos acogía a su niña en su casa como una hija más. Pero ni siquiera pudo conseguirle un pasaporte. En mitad de la guerra, la pequeña salió de su país con un certificado de nacimiento que no le sirvió de nada en cuanto cruzó la frontera. El destino de una menor sin papeles era quedarse en manos de los sobrepasados servicios sociales moldavos, incapaces de atender el aluvión de refugiados que han recibido durante el último mes, o peor aún, de las mafias que hacen negocio con la tragedia. Fue su familia gijonesa la que consiguió una casa de acogida en Moldavia y acudió a EL COMERCIO para que la historia de Nikol no acabara tapada por la diaria sucesión de horrores en Ucrania. Las palabras de Paula conmovieron a políticos de todo signo que hicieron suya una causa que otros muchos daban por perdida.

Rescatar a Nikol no fue una cuestión de partido, tampoco de ideología, sino de humanidad. El exministro de Exteriores José Manuel García Margallo marcó hasta el último número de su valiosa agenda que podía resultar útil; los diputados Isidro Martínez Oblanca, Paloma Gázquez y el senador Francisco Blanco movieron todos los hilos a su alcance; el eurodiputado Jonás Fernández y su asistente, Ana Martínez, se plantaron en Ucrania para realizar las últimas gestiones y garantizar la seguridad de la niña y el embajador de España en Rumanía, Manuel Larrotcha, hizo valer su oficio con un salvoconducto que permitió a Nikol subirse a un vuelo con destino a España. Para que todo esto fuera posible, su madre tuvo que conseguir un poder notarial en Kiev que legalizara la tutela de la niña y permitiera a España tramitar su salida de Moldavia. Katia se jugó de nuevo la vida por su hija en plena ofensiva rusa. Paula, a la que la tensión vivida llevó al límite de sus fuerzas y a las puertas de la enfermedad, recogió en Madrid a una adolescente exhausta, aún asustada, que se aferraba al móvil que fue su único contacto con sus dos madres. Durante esta odisea que por el empeño de muchos acabó en un final feliz, hubo quien se preguntó si tanta lucha por una sola niña merecía la pena cuando la tragedia de Ucrania es tan grande. No tengan duda. Aunque solo fuera por recordarnos que cada vida merece eso y mucho más. Y de lo que una madre es capaz.

Tuvieron nombre antes que futuro. Les llamamos generación Z porque despedían un milenio y les etiquetamos como los mejor formados de la historia. Nativos digitales, les auguramos un porvenir brillante pero incierto, les entregamos en herencia nuestras frustraciones y les pedimos que salvaran el mundo que sus predecesores maltrataron como si el mañana no importara. Se les prometió un porvenir más igualitario, tecnológico y sostenible, una vida cómoda que debe resultarles difícil atisbar en el horizonte. Porque antes de que pudieran tomar sus propias decisiones han sufrido una crisis económica, una pandemia, una guerra en Europa y todo el peso de los errores de la generación anterior. Ahora descubrimos que uno de cada cuatro españoles entre 15 y 29 años toma ansiolíticos. Según recoge el 'Barómetro Juvenil' realizado por las Fundaciones FAD Juventud y Mutua Madrileña, más de la mitad de los jóvenes españoles reconoce haber sufrido problemas psicológicos, psiquiátricos o de salud mental en el último año. Señalan como síntomas más frecuentes la sensación de tristeza, poco interés en involucrarse en actividades y serios problemas de concentración. El diagnóstico de la Asociación Española de Pediatría refrenda la situación desde un punto de vista sanitario. Los médicos han detectado un dramático incremento de los adolescentes con síntomas depresivos o de autolesiones. Tantos, que los médicos han pedido a las administraciones que preparen a los equipos sanitarios para afrontar la situación como si de una nueva pandemia se tratara.

Con los datos sobre la mesa, parece que la generación Z, que muchos tacharon de acomodaticia, hedonista e inconsistente antes de que pudiera madurar, es sobre todo una generación triste, con dudas y angustiada, en la que resulta difícil encontrar la esperanza, ni siquiera la rebeldía inherente a la juventud. Los especialistas aseguran que el confinamiento ha dejado en ellos una profunda mella. Se han hecho sedentarios y solitarios. Su relación social se ha hecho más virtual, su ocio, doméstico y su percepción de la vida, mucho más negativa que la de sus mayores. Nuestros jóvenes han cambiado porque han sufrido, pero a las administraciones parece costarles entender la situación en la que se encuentran más allá de ponérselo un poco más fácil para que consigan el título de Secundaria. No han sido los jóvenes uno de los grandes focos de las medidas sociales adoptadas en los últimos meses. Ni siquiera uno de los principales asuntos de debate político. Tal vez porque muchos de ellos aún no votan. Quizás nos sorprendan cuando lo hagan.

No es que la burocracia nos pille de nuevas. La lentitud de la Administración ha dado para tanto como para convertirse en un tópico español. El 'vuelva usted mañana' ha permanecido ajeno a los cambios como permanente calvario ciudadano y un estigma para el funcionariado. A los políticos siempre les ha resultado más fácil culpar a la galbana que al sistema, aunque con la boca pequeña, porque tampoco les conviene enemistarse con los 2.710.405 empleados públicos de nuestro país. Demasiados como para no tenerlos contentos o al menos procurar no endilgarles todas las culpas cuando los trámites más sencillos se eternizan en las tuberías burocráticas. Y sobre todo, porque a estas alturas ya no colaría una explicación tan simple para resolver un problema que estrangula a las administraciones.

El Gobierno asturiano se ha atrevido a abrir un debate que todos los políticos de la región con un mínimo de responsabilidad en los asuntos públicos solo comentaban entre bambalinas. La burocracia convierte en legislaturas el plazo entre una decisión y sus resultados. Tanto es así, que algunos equipamientos acaban por llegar cuando resultan innecesarios. Los dictámenes, informes y licencias para una obra pueden prolongarse durante años. Ni siquiera las ayudas sociales, por más urgentes que se las catalogue, se libran de las demoras.

La búsqueda de garantías en la gestión pública ha provocado una acumulación de normativas en las que los propios funcionarios se enmarañan, las competencias de las administraciones se sobreponen para añadir complejidad al asunto más nimio y el empeño, por supuesto loable, de conjurar cualquier riesgo de corruptela, ha multiplicado el trabajo hasta límites que acaban por invitar a la chapuza. Los propios políticos han pasado en unas pocas décadas de tomarse casi a chufra las recomendaciones de sus interventores a vivir más preocupados de no verse ante un reparo administrativo que de resolver los problemas. Aderezado todo con el poco interés por modernizar realmente la gestión pública que los gobiernos se han transmitido como un legado nos encontramos en la situación actual, en la que las administraciones se ven incapaces de ejecutar sus presupuestos y las empresas corren el riesgo de quedarse sin negocio antes de conseguir una licencia de apertura. En cambio, las tasas e impuestos se aplican con meticulosa puntualidad. Es lógico que este desequilibrio no agrade a los sufridos contribuyentes, que pagan unos servicios que en ocasiones padecen como una carrera de obstáculos. Llegados a este punto, la burocracia de la demagogia con la que algunos parecen abordar el asunto ya solo puede añadir indignación al cansancio.

Asturias no ha sido ajena a este fenómeno, aunque comparada con el circo nacional, la política autonómica aún puede presumir de cierta mesura. Ahora que los partidos andan ocupados en renovar su cartelera electoral, no es mal momento para la reflexión sobre las virtudes de quienes serán sus candidatos en mayo y las propuestas de sus programas electorales. En una legislatura que ha consumido a la mayoría de quienes encabezaron las listas regionales, la capacidad para la estridencia no se ha echado en falta en la crónica política. Tal vez sí otras cualidades.

Ninguna duda podía haber de que el Rey abordase la tragedia de Ucrania en su discurso en el acto de entrega de los Premios Princesa de Asturias. Lo que el monarca ha hecho costumbre le demanda incluir en su intervención un mensaje relevante más allá de la imprescindible felicitación a los galardonados. Y este año, que Felipe VI hablara de la guerra, por más festiva que fuera la ceremonia, era tan previsible como necesario. La Casa Real quiso ir un poco más allá de lo imprescindible, que hubiera sido limitar la referencia a una expresión de afecto con las víctimas, que la hubo, porque resulta obligada y justa. Pero las palabras del Rey llegaron también para realizar una reivindicación de la construcción europea. Los Premios Princesa han participado en la construcción de una Europa cuyos valores reivindica su palmarés. Hasta las propias denominaciones de los galardones parecen inspiradas en los valores que alentaron un proyecto político de convivencia democrática y pacífica como alternativa a un pasado de enfrentamientos e intolerancia.

No ha cambiado la propuesta europeísta que el Rey ha expresado en numerosas ocasiones desde el atril del Teatro Campoamor, pero sí el valor de sus palabras. Porque tal vez Europa nunca ha estado tan cuestionada ni ha mostrado con tanta evidencia la encrucijada en la que se encuentra en un mundo de equilibrios y potencias cambiantes. Vive la Unión Europea entre la necesidad de fortalecerse y la efervescencia de movimientos políticos nacionalistas que cuestionan su viabilidad. A medio camino entre la reivindicación de sus principios y las urgencias de mantenerse como un actor relevante en la política internacional. La Europa que nació como alternativa a la guerra se enfrenta a la necesidad de rearmarse, la unión que floreció en una economía solidaria se resquebraja por las distintas urgencias de los estados miembros y el modelo que nació para situar en primer plano a los ciudadanos aún aparece ante ellos como una gran maraña burocrática de liderazgos difusos.

En este contexto, defendió el Rey desde Asturias la vigencia de la Declaración de Schuman, para reivindicar un proyecto político que en su opinión «merece toda nuestra lealtad y todo nuestro compromiso en uno de los momentos más cruciales de su historia». «Europa significa mucho más que la creencia en un ideal; significa la lucha por unas convicciones y unos principios para forjar juntos un futuro de paz, justicia, libertad y esperanza». Esta afirmación, que tiene tanto de implicación como de advertencia, no debería quedar en un plano institucional camino del olvido. Europa se ha convertido, ante todo, en un desafío ante el que ya no valen las palabras huecas y los actos vacuos. Ni podemos sentirnos tan lejos de ella, ni nuestros políticos presentárnosla ahora como un banco y luego como una excusa. Si Europa no significa para sus ciudadanos algo que estén dispuestos a defender, difícilmente tendrá sentido.

Quizás por un torcido afán de notoriedad o porque su estrategia no da para más, la política española chapotea sin tregua en el muladar de los insultos. No son los improperios una novedad en sede parlamentaria, pero en los últimos tiempos sus señorías parecen empeñados en superar cualquier listón precedente. En los últimos días, la infamia ha borrado incluso el debate. Hasta el punto de que casi todo el mundo recuerda la incalificable descalificación de Vox a la ministra de Igualdad o la acusación de Irene Montero al PP de promover la cultura de la violación. Poco o nada de los argumentos o propuestas de ambas sesiones deben haber quedado en la memoria de los ciudadanos, tapadas las razones por los improperios.

Ante este lodazal, no ha faltado en el arco parlamentario quien proponga una revisión del código de conducta de nuestros parlamentarios, aunque la propuesta tiene escasas posibilidades de prosperar. Poco parece que nuestros políticos sean capaces de refrenarse a las puertas de un año electoral. Menos aún que estén dispuestos a sancionarse a sí mismos. Queda la esperanza de que la sensatez vuelva a ser valorada, aunque solo sea por contraste. No es que falten en el Congreso parlamentarios capaces de hilar un discurso sin despotricar, pero la capacidad de dar la nota, alentada por los palmeros y los liderazgos ansiosos, cotiza al alza últimamente en los partidos. Entre otras cosas, porque a la altura donde se ha situado la política, a los partidos les cuesta menos convencer a los maleducados que a los inteligentes.

Ha realizado Compromiso Asturias XXI un sondeo entre los emigrantes asturianos. Con algunas respuestas interesantes. Por ejemplo, que el 80% quiere volver. Y otras evidentes. Como que si no regresan es porque no pueden. Tampoco cabía esperar sorpresas. Asturias es un buen lugar para vivir siempre que uno encuentre la forma de ganarse la vida. El estudio ha sido presentado como un primer paso no solo para analizar las causas de la emigración asturiana. La institución que lo ha desarrollado bajo los auspicios de la Administración regional considera necesario avanzar en el análisis. Crear incluso un Observatorio Permanente de la Emigración asturiana respaldado por el Gobierno regional y el Parlamento asturiano. No es mala idea, como no lo habría sido hace treinta años. La relación de Asturias con sus emigrantes ha sido siempre tan profundamente afectiva como poco práctica. Durante mucho tiempo, limitada a algunas cuestiones sociales, importante eso sí, y a poco más que mantener los vínculos con los centros asturianos, con alguna visita institucional y pocos resultados tangibles.

La emigración no es solo el reflejo de los problemas que sufre la región para dar oportunidades a sus jóvenes. Es también un patrimonio de Asturias fuera de su territorio. Sin embargo, los lazos con ella han sido muchas veces endebles, parciales y poco organizados. Entre los emigrantes, igual que dentro de la propia región, existen perfiles, problemas y expectativas muy distintos. Algunos, la minoría, nunca se plantearían retornar. Otros, como refleja la encuesta, no necesitan más que la posibilidad de encontrar un trabajo en Asturias para hacer las maletas y volver a casa. La conclusión es que a la gran mayoría les une el apego por sus raíces y un deseo, claramente expresado también en el susodicho sondeo, de que a su tierra natal le vaya bien. Incluso están dispuestos a invertir en ella. Sin embargo, todo el potencial que suponen los casi 186.000 asturianos que han nacido en la región y ahora viven fuera del Principado ha sido con frecuencia tan invocado como poco atendido. El problema no es que no se hable de ellos. El discurso lastimero sobre las circunstancias que han convertido a Asturias en la segunda comunidad, después de Galicia, con mayor porcentaje de emigrantes, ha sido casi como una letanía en la política asturiana. Tampoco han faltado foros de debate en los que se ha pretendido encontrar el santo grial del retorno ni gurús dispuestos a vender soluciones a precio de saldo. Pero mientras descubrimos la fórmula salvífica, tal vez no estaría mal preguntarnos cuál es nuestra relación con unos emigrantes a quienes elevamos a los altares y a los que pocas veces les ofrecemos más que analgésicos para la nostalgia.

Fernando Caso, ganadero de Suarías, famoso a su pesar, tendrá que abandonar sus cuadras. Declaradas por sentencia insalubres y molestas, sus vacas deberán desalojar el establo. Es la ley, pensada para modernizar los pueblos y sacar de ellos el ruido de los cencerros y la contaminación del cucho. Y el fin de un mundo rural en el que el paso de las vacas por los caminos era tan frecuente como fuera necesario. Con el tiempo, muchos ganaderos, allí donde se pudo y alcanzó el dinero, fueron alejando las granjas de las zonas habitadas, construyendo naves y modernizando sus explotaciones. Otros, con menos presupuesto o alternativas, han intentando aprovechar las cuadras de toda la vida, heredadas de sus padres. A merced de que a cualquiera de sus vecinos, quizás alguno que ha comprado una vivienda y unas vistas de postal hace no mucho, le aturden los mugidos. Es la paradoja de una sociedad cada día más verde, ecológica y sostenible, que ha regulado el campo desde la ciudad sin tener en cuenta orografías ni tradiciones, que disfruta del paisaje de los prados engarzados en la alta montaña, pero escribe las leyes sin distinguir los campos de Castilla de las aldeas de los Picos de Europa. No es de extrañar que los ganaderos miren con recelo el aterrizaje de neorurales que fotografían las vacas de día y les pregunten si no pueden llevarlas por la noche un poco más lejos de su chalé.

Nos encanta el paisaje, pero un mastín campeando es un perro abandonado, un gallo al alba, una infracción de la ordenanza de ruidos y el paso de las vacas por las caleyas, un delito ambiental. Nos gusta el color del campo, tanto que hemos decidido 'verdificar' las ciudades mientras el matorral se come muchas zonas rurales. Se puede admirar sin entender. Y para eso no hace falta irse a Peñamellera. En Gijón, sin ir más lejos, la zona rural, que todos los políticos ensalzan y pocos pisan, ha visto con indignación unos presupuestos en los que se siente olvidada. Mientras se habla de hacer más verde la ciudad, las obras en las parroquias rurales, un cinturón todavía verde que muchas ciudades envidiarían, quedan casi a expensas del remanente, lo que ha llevado al concejal responsable de dar la cara ante los vecinos a pedir disculpas. Con poco éxito, porque de momento le ha respaldado más la oposición que la alcaldesa. Al menos, el edil ha demostrado que intenta no caer en los dos errores más frecuentes de la política cuando se mete en los pueblos: medir su importancia por el número de votos y aplicar soluciones sin escuchar lo que necesitan.

Cada tiempo soporta a sus políticos. Y su lenguaje. Los de hoy salpican sus discursos de lugares comunes, alguna ocurrencia y una descalificación cada cinco minutos para enardecer a la parroquia incondicional. La agitación de las nuevas siglas ha terminado con las pacientes carreras meritocráticas del bipartidismo. Se buscan candidatos de usar y ganar... O tirar. Hombres y mujeres que proclaman su visión sin temor a la polisemia. No son los políticos de ahora mejores ni peores que antes por definición. Y aunque no faltan iconos y logros para los nostálgicos, tampoco escándalos y corruptelas para recordarnos que no todo lo pasado fue mejor. Sencillamente son distintos. Ya no les gobierna el instinto, sino la demoscopia. No esperen en esta campaña que cada día se acelera programas redactados con la pretensión de regir la acción de un gobierno. En la mayoría de los casos se encontrarán alguna idea feliz y una enumeración de lo que aconsejan las encuestas para afianzar a los convencidos o alentar a los proclives. Lo mismo que recomiendan no incluir en los discursos más que un puñado de mensajes, repetidos hasta la extenuación para reducir la probabilidad de que el candidato se despeñe por el precipicio de la improvisación.

El parapeto de los sondeos ofrece sus ventajas, pero también conlleva sus riesgos: muchos políticos acaban por sufrir el mal de altura cuando las encuestas que ellos mismos cocinan les elevan por encima de la realidad, no pocos se escoran hacia un sectarismo alarmante, alentados por la necesidad de hacerse notorios, y más de uno acaba por convertirse en un simple locutor de consignas que, como las sopas de sobre, se utilizan cuando en la reserva no queda nada mejor. El camino lo marcan las tendencias de opinión, los conspiradores de cabecera y los gurús de ocasión, tanto que algún político corre el peligro de acabar perdido a medio camino entre el ala oeste de la Casa Blanca y el puerto de San Isidro. Llegados a este punto, la frontera entre la verdad y la mentira se difumina de forma vertiginosa hacia el todo vale. Empieza entonces la verdadera amenaza para la democracia.

Domingo Calvo Testón fue tal vez el último gran cazador de lobos de Asturias. Quedan aún en Caso fotografías que le recuerdan. Desde 1953, cuando se crearon las juntas de alimañas, hasta 1986, año en el que España ratificó el convenio internacional que hizo del lobo una especie protegida, Domingo perdió la cuenta de los lobos que había cazado o capturado de cachorros en sus guaridas. Luego los paseaba por los pueblos, vivos o muertos, para cobrar la voluntad de vecinos, agradecidos de que librara al monte del depredador más dañino y temido. La ley y la modernidad extinguieron su oficio y el respeto por los alimañeros, que dejaron de mostrar con orgullo las fotos de sus cacerías, conscientes de que la admiración se había convertido en desagrado, cuando no en repugnancia. Los alimañeros quedaron como reliquias de un pasado cruel y casi vergonzoso. Domingo dejó a 'Valdroguín', uno de los últimos lobos que capturó, en la huerta junto a su casa hasta que un día tuvo que dispararle para evitar que el animal lo matara a él. Pero es difícil imaginar que alguien como Domingo Calvo hubiera cortado las cabezas de dos lobos y las hubiera tirado en las escaleras del Ayuntamiento de Ponga para recibir al Gobierno regional. A su manera, respetaba a los animales que cazaba y seguramente era lo bastante inteligente para saber que algo así solo podía volverse en su contra.

No es la primera vez que aparecen lobos muertos, atados a señales o tirados en mitad de la carretera. Pero nunca se había llegado a decapitarlos para dejar sus cabezas, como un mensaje truculento y amenazante, ante los representantes de una institución. La mayor parte de los partidos políticos, por una vez, han exigido el mínimo respeto necesario para situarnos sobre el umbral de lo bárbaro. El presidente regional ha insistido en que mantendrá su postura de exigir al Gobierno central que autorice abatir algunos ejemplares, como Asturias venía haciendo. Una política que aún sin solucionar el problema de los daños a la ganadería, al menos mitigaba las pérdidas y la indignación de los pastores. Ahora tendrá más difícil convencer a la ministra de Transición Ecológica. Para el ecologismo madrileño, de salón y decreto ley, dos lobos decapitados no hacen más que ratificar la necesidad de tratar a los administrados como ignorantes, una invitación más a mantener su postura de proteger al lobo aún a costa de extinguir a los ganaderos, que últimamente tienen el razonable sentimiento de que siempre pierden. No será el lobo, sino la insensatez, lo que acabará con una forma de vida.

Asturias llegó tarde a la salida del AVE. Mientras los políticos se culpaban unos a otros de su docilidad con Madrid, la alta velocidad se extendió por España. Nuestra región perdió veinte años en modificar proyectos, justificar retrasos y esperar, con infinita paciencia, su turno. Durante ese tiempo, la reivindicación del Noroeste viajó en el furgón de cola de la política española. Más allá de algún encuentro esporádico, cada región iba a lo suyo, que eran minucias. Quienes pasaron años advirtiendo de que por esa vía la estación término era la nada casi se habían rendido cuando las regiones del norte se preguntaron la razón por la que el corredor del Mediterráneo nos sacaba una década de ventaja. Lo mismo ocurrió con el tren del Cantábrico. Si la variante de Pajares aún era un deseo, ¿para qué plantearse siquiera mejorar un trazado secundario? Como si la planificación de un país admitiera improvisar inversiones millonarias, el tren del Norte quedó para mañana mientras la línea de FEVE retrocedía hacia el siglo XIX.

Desengañadas de su propia actitud, las autonomías han tratado de cambiar su estrategia. Juntas, aunque en algunos casos se sumaran a la fotografía más por vergüenza que por convicción, han conseguido logros que debieron alcanzar hace varios años. En ese camino, algunos han descubierto que en las alianzas siempre habrá algo que ganar por más tiempo que se pierda en tejerlas. Cuando Adrián Barbón comenzó a prodigarse junto al presidente de Cantabria hubo incluso en su propio partido quienes se preguntaron si era conveniente. El Gobierno asturiano siempre había procurado mantener una prudente distancia del muchas veces histriónico líder del regionalismo cántabro. En respuesta, Miguel Ángel Revilla mantuvo su mirada en el País Vasco, donde veía mucho más futuro que en un Noroeste aletargado.

Los réditos de no viajar solo a Madrid han tardado en llegar. Pero tal vez la respuesta del Ministerio de Transportes hubiera sido distinta si Barbón hubiera llegado solo a la reunión en la que la ministra tuvo que dar explicaciones por el fiasco de los trenes de FEVE. Uno a uno, los presidentes son mucho más fáciles de lidiar y más aún cuando cabe apelar a la lealtad a unas siglas. Juntos, se convierten en un problema. Ahora, el País Vasco ha planteado una cumbre para abordar su preocupación por el retraso de la conexión ferroviaria con Francia, que ha postergado a 2042 la llegada de la alta velocidad a la frontera. Toda una novedad que el Gobierno vasco recuerde que existe un mundo más allá de Kobaron, pero a Íñigo Urkullu no se le escapa que la imagen de cuatro presidentes juntos pesa más que la suya, por mucho que a su partido le guste negociar por su cuenta. La alianza del Atlántico ha renacido. Que las buenas intenciones no duren solo hasta mayo.

El sonar de las voces que Asturias necesita

El 23 de noviembre de 1996, Francisco Carantoña Dubert conmemoró el 185 aniversario de la muerte de don Gaspar Melchor de Jovellanos con un memorable artículo en el que echaba de menos el “sonar de algunas voces” no para ensalzar la figura y el legado del prócer gijonés “con alabanzas retóricas, sino para sostener la actualidad de su legado”. Consideraba Carantoña aquella fecha un buen día para la reflexión y la acción, tomando como ejemplo al ilustrado, para que aquella fecha no quedara reducida a un efímero e infecundo recordatorio ceremonial. Carantoña había sucedido a José Miguel Caso, referente jovellanista del siglo XX, en la presidencia de la Fundación Foro Jovellanos, constituida el 6 de agosto del año anterior por un reducido grupo de entusiastas decididos a divulgar la aportación intelectual del erudito gijonés, salvaguardar su legado, reivindicar su vigencia y actualizar su espíritu de progreso. Un pequeño colectivo fundacional empeñado en la ingente labor de conseguir que la aportación de Jovellanos no quedase reducida a los lugares comunes, las citas convenientes y los usos interesados. Con el patrimonio de la generosidad de sus fundadores y la colaboración del Ayuntamiento de Gijón, la Fundación Jovellanos inició su travesía que llega ahora a los 25 años. Un aniversario que merece ser celebrado, no como una convencional efeméride, sino por las aportaciones que esta fundación ha realizado a Asturias.

La Fundación Foro Jovellanos se ha constituido en un baluarte en el que la herencia intelectual del ilustrado ha sido conservada y divulgada con rigor. En el amparo de su sede, el conocimiento ha encontrado una tribuna siempre dispuesta. De sus patronos, la inteligencia ha recibido el respaldo necesario para expresarse. La bibliografía que recoge su actividad académica justifica por sí misma conmemorar su creación, pero ha sido la materialización del espíritu jovellanista lo que ha convertido a la fundación en una referencia imprescindible. El ánimo común de trabajar desde Gijón por Asturias fue el testigo que recibieron como presidentes Luis Adaro, Agustín Antuña, Jesús Menéndez Peláez, Juan José Plans, Moisés Llordén e Ignacio García-Arango Cienfuegos-Jovellanos.

Cumple la fundación veinticinco años con la mirada de nuestra sociedad dirigida a un futuro vertiginoso. La pandemia del coronavirus ha diluido el horizonte de lo previsible, obligándonos a revisar nuestras certezas y reorganizar nuestras vidas. Un tiempo lleno de preguntas en el que Asturias necesita sus propias respuestas. Y en el que este aniversario de la Fundación Jovellanos no debe servir solo para glosar su pasado, sino para reivindicar su necesidad en el presente. Es el momento de apoyar y defender la vigencia de una institución dedicada a acercar el saber y promover el necesario debate que antecede al progreso. Su actual presidente ha situado la brújula de la fundación en la convicción de que en los ideales de Gaspar Melchor de Jovellanos Asturias puede encontrar el espíritu y el método para construir un futuro mejor sin limitarse a aceptar las consecuencias de la espera. “La exégesis no basta. Los pensadores no están para las bibliotecas, sino para servir a los seres humanos. De ahí nace nuestro interés en que el espíritu de Jovellanos ilumine la actualidad para ayudar a alcanzar las metas de hoy”. La declaración de intenciones de Ignacio García-Arango al asumir la presidencia de la fundación constituyó en sí misma la mejor definición de los principios jovellanistas y una inequívoca manifestación de compromiso con Asturias. Por eso, este aniversario, limitado por las circunstancias en sus celebraciones, debería servir para que en esta ocasión sí se oiga el sonar de las voces que desde Gijón deben ser escuchadas por Asturias. Y para ello necesitamos a este Foro Jovellanos.



Artículo de Marcelino Gutiérrez, publicado en el libro *El Foro Jovellanos entre dos siglos, 1995-2020*, editado por la Fundación Foro Jovellanos del Principado de Asturias, con motivo del XXV Aniversario de su creación. Gijón, agosto, 2021.



Edita: Fundación Foro Jovellanos del Principado de Asturias. Gijón.
www.jovellanos.org - foro@jovellanos.org



¿Y de qué servirá que atesoréis muchas verdades, si no las sabéis comunicar? Ahora bien; para comunicar la verdad es menester persuadirla, y para persuadirla hacerla amable. Es menester despojarla del oscuro científico aparato, tomar sus más puros y claros resultados, simplificarla, acomodarla a la comprensión general, e inspirarle aquella fuerza, aquella gracia que, fijando la imaginación, cautiva victoriosamente la atención de cuantos la oyen.

G.M. de Jovellanos.

“Oración sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias”.

Este opúsculo se edita por iniciativa de la Fundación
Foro Jovellanos del Principado de Asturias, con la
ayuda de la Fundación Municipal de Cultura
y Universidad Popular del Ayuntamiento
de Gijón, en homenaje póstumo a
Marcelino Gutiérrez González,
director de El Comercio
hasta su fallecimiento
el 24 de septiembre
de 2023.

FUNDACIÓN FORO JOVELLANOS



PRINCIPADO DE ASTURIAS

